

# LA FUERZA RACIONAL DE LA MORAL CRISTIANA\*

**JOHN FINNIS**

*Profesor de Filosofía del Derecho  
en la Universidad de Oxford*

## I

De acuerdo con nuestros contemporáneos (o con lo que el Profesor Pieper ha llamado "la filosofía de la vida actual") "la fuerza racional" es algo que ninguna moralidad puede pretender. ¿No es la moralidad algo "intensamente personal" y verdaderamente subjetivo? De esta manera, nuestros contemporáneos contrastan la moralidad con la objetividad y la racionalidad, digamos, de la historia o más bien, de la ciencia. Y agregan frecuentemente que las creencias morales están determinadas por la educación y no están descubiertas por un buen razonamiento. O dirán, ya sea alternativamente o a la vez, que las opiniones morales son, inevitablemente, el resultado final de una libre elección arbitraria y que están guiadas por el capricho y no por la razón.

Como una explicación del actual caos de las diferentes opiniones morales, este conjunto de aseveraciones contemporáneas tiene algo de valor. Pero cuando se lo toma más profundamente, cuando llega a ser una pretensión de que todas las opiniones son igualmente razonables o están igualmente fuera del ámbito de la discriminación racional, entonces esta afirmación se revela como irracional en sí misma, como subjetiva en sí misma, como producto del perjuicio y del capricho.

Porque la objetividad de la ciencia o de la historia, o de la tecnología, o de la filosofía, no se alcanza por el solo hecho de abrir los ojos pasivamente o echar una mirada. No, se alcanza por medio de la habilidad y el esfuerzo: el esfuerzo de mantenerse alerta y avisado sobre los datos que aporta la experiencia y, lo que es más importante, la destreza (que, a la vez, es elaboración y juego para suscitar investigaciones, formular hipótesis, tratar de comprender las evidencias y los argumentos, controlar por medio de investigaciones más profundas; y luego, cuando se observa que tales investigaciones más profundas no van a requerir revisiones de las propias hipótesis o suposiciones, hacer un juicio o una afirmación que lleve el proceso, por lo menos temporalmente, a

---

\* Traducción de Carlos Ignacio Massini Correas.

una conclusión. La conclusión será racional y objetiva sólo en la medida en que se haya logrado excluir la superficialidad, la indiferencia, el prejuicio y el partidismo, toda parcialidad humana hacia sus propias opiniones, esperanzas, odios y todos los demás factores que se interponen en el camino de una íntegra y dedicada búsqueda de la verdad como tal. Como lo ha dicho el Profesor Pieper: alcanzar un conocimiento de la realidad es una empresa ardua y peligrosa.

En otras palabras, para ser objetivo hay que tener un verdadero interés, o un amor, o una pasión por la verdad. Hay que considerar la consecución de la verdad como una especie de ideal o de valor, que puede ser realizado, alcanzado o actualizado en muchas formas diferentes, aún impredecibles y que será válido aún cuando la cosa que resulte o abarque, no sea la que se había pensado primeramente; es decir, cuando la proposición que resulta ser la verdadera no sea la proposición que se había pensado como verdadera. Esto es, uno tiene que mirar la verdad como "autoritativa", como algo que puede "requerimos" el dejar algo en lo que hayamos puesto nuestro corazón; en este caso, nuestra opinión preferida.

¿Es posible mirar a esta preferencia por la verdad contra la ignorancia, la claridad contra la confusión, la realidad contra la ilusión, la objetividad contra el prejuicio; es posible mirar esta preferencia como meramente subjetiva, no-racional y arbitraria? Ciertamente, es "posible". Casi todo es psicológicamente posible. Pero, ¿es razonable? ¿Puede ser argumentado este punto de vista? Obviamente no. Porque tomarse el trabajo de argumentar es asumir que el poner las cosas en su lugar es una buena cosa, es un valor, un ideal, en contraposición al mal o a la desgracia de estar confundido o engañado.

Ahora bien, la opinión contemporánea sobre la subjetividad y la no-racionalidad de "todas" las morales, se pone a sí misma a la vanguardia, no como un mero prejuicio irrazonable, sino como un esclarecimiento racional. Da por sentado que la verdad, en todas sus formas, conocidas o desconocidas, es un valor básico, evidentemente bueno en sí mismo. Por supuesto, todos damos por sentado un número de valores básicos, formas no-derivativas del bien, que no son meramente medios para fines, como el dinero, las casas, o los sistemas legales son medios para fines, sino, más bien, son aspectos básicos del desarrollo humano, los principales parámetros y direcciones de toda sana empresa humana o de la vida, marco de todas nuestras oportunidades.

¿Cuáles son esos valores básicos, que en sí mismos no son morales ni inmorales, sino simplemente aspectos de cualquier bien humano?

Están la vida y la salud, en contraposición a la muerte y a la enfermedad. Está el juego de sensaciones, facultades y experiencias contra el estupor, la torpeza y la pasividad. Está la apreciación de la belleza y, como ya lo hemos dicho, la apropiación de la verdad, contra la insensibilidad y la ignorancia. Están el bien de compartir todos estos beneficios entre amigos y el bien de transmitir todos estos beneficios a nuestros hijos y a sus hijos. Existe la

auténtica libertad de perseguir todos estos bienes en aquellas formas que parezcan razonables a nuestro juicio, de manera que uno se haga a sí mismo lo que uno es y lo que tiene que ser.

Que cada una de estas formas del bien sea, en verdad, un beneficio, no es genuinamente cuestionable o cuestionado. Cuando contemplamos, en la vida o en el arte, la realización plena de algunos de estos valores (aún en una forma cultural poco común), su valor, su excelencia, su conveniencia como tales, es tan clara y firme, y tan objetivamente real para nosotros, como la lapicera en nuestras manos o el árbol a través de la ventana.

## II

El problema moral, respecto del cual todas las morales auténticas son formas de respuesta, es simplemente el siguiente: no existe un solo aspecto básico del desarrollo humano sino varios. No hay sólo una forma, obviamente razonable, de realizar estos bienes básicos en mi vida. Hay muchas, porque cada una tiene el carácter, que llamaré "ideal" o abierto, de ser realizable de muchas maneras e instancias, todas igualmente válidas. Y mi propia vida no es la única vida en la que pueden ser realizadas por medio de mis propias elecciones. Hay muchos cuya vida y bienestar yo podría, en cierta medida, acrecentar. ¿Soy yo el guardián de mi vecino? ¿Y quién es mi vecino? Finalmente, aún si considero lo que podría ser mi bienestar y el de los demás, estamos todos precipitándonos hacia la muerte. Tantas cosas buenas podrían hacerse y tan pocas pueden hacerse a tiempo. Esos problemas constituyen, entonces, el problema de la justa medida en la prosecución de los bienes. Cuando decimos que estamos ejercitando nuestra conciencia, no significamos otra cosa que estamos luchando con ese problema.

Pero los elementos del problema —las distintas formas básicas del bien— proveen también el método y el marco para su solución. Porque entre aquellos bienes básicos están, una vez más, el bien de la recta razonabilidad humana y el bien de la amistad humana.

Ciertamente el llamado de la razonabilidad ataca la pura arbitrariedad y la inconsistencia de la propia prosecución de los distintos bienes. (Es por esto que la "prudencia" es la "genetrix" de las virtudes). La razón distingue lo similar de lo diferente y requiere que los casos similares sean tratados similarmente y los casos diferentes, diferentemente. De esta manera sugiere la noción de equidad y justicia. Los "mismos" beneficios o bienes pueden ser realizados tanto en una persona como en otra: así, la razonabilidad nos urge a encontrar alguna razón real para preferir una persona a otra. La Regla Dorada: "Haz a los demás lo que deseas que te hagan a ti" (Lucas, 6:31; Mateo, 7:12; Tobías, 4:16), emergió de la conciencia humana mucho antes de que Cristo revelara su gran importancia.

Llevándonos más allá del propio interés meramente instintivo, parcial o subjetivo, el llamado de la razón refuerza al llamado de la amistad. La amistad lleva al hombre fuera de sí mismo y establece para él una nueva perspectiva práctica. El puede ver que la verdadera amistad es un aspecto básico de su propio bienestar, puede ver también que la amistad no es verdadera ni valiosa si solamente se establece para el propio bienestar y que para ser amigo es necesario buscar el bienestar del amigo y para el bien de éste. Pero también puede ver que un aspecto del bienestar de su amigo es su propio bienestar. En esta tensión entre el propio amor y el amor del amigo, la amistad establece una especie de imparcialidad, de desinterés, en la prosecución de los bienes.

Nuestra perspectiva está orientada más allá del propio interés, por la reflexión racional de que la propia vida tiene que ser un todo y no meramente una serie de momentos separados. Como un todo, puede tener más o menos sentido. Se puede apreciar rápidamente que, desde el punto de vista del tiempo (desconocido) de nuestra muerte, muchas elecciones pueden llegar a parecer irracionales: una pérdida de oportunidades, una detención de nuestro libre desarrollo, un fracaso, una vergüenza. De esta manera, la parábola del hombre rico llama a nuestra conciencia al apelar a la inteligencia que usamos para discernir la tontería: "¡Tú, tonto! Esta misma noche tu vida te será requerida. Entonces, ¿de quién será esa riqueza que tú has amontonado?" (Lucas, 12:20).

### III

La moral cristiana constituye el esfuerzo de ver desde la perspectiva de Dios. Es la ambición de ver con el ojo de Dios, de comprender lo que es bueno para nuestro propio bien y para el bien de los demás, tal como Dios lo ve, con su más perfecta comprensión e imparcialidad. Pero ya hemos visto que la imparcialidad es totalmente diferente de la pasividad. Y el cristiano confía en que la imparcialidad de Dios es la imparcialidad activa y protectora del supremo amigo de todos los hombres. Así, lo que nosotros vimos que era verdad de la amistad humana, lo es también de la amistad que el cristiano, con agradecimiento y no sin temor y temblor, espera alcanzar del goce entre él mismo y el Dios que lo favoreció a! crearlo y redimirlo con el propio sacrificio divino de la cruz. Y ¿qué puede ser más claro que esto?: que la amistad entre uno mismo y Dios requiere la amistad entre uno mismo y todos los hombres, ya que Dios es amigo de todos.

De esta manera, la imparcialidad, que cualquier amistad humana trata de crear, está enormemente reforzada y ampliada por la fe en el divino amigo, que dio su vida por sus amigos y por la esperanza de compartir su amistad para siempre. Y, finalmente, la fe cristiana refuerza la presuntamente descuidada racionalidad de hacer las propias elecciones desde el punto de vista

imaginado de la propia muerte. Porque la fe cristiana exige que uno haga las propias elecciones, de la manera en que se harían si uno supiera que está en presencia del momento en que la propia amistad con Dios tomará su forma eterna o su eterna deformación.

#### IV

Cristo no murió para salvar, única o principalmente, a los hombres inteligentes o a los hombres sabios. Además, la sola razón no descubrirá nunca que el Dios que la razón descubre como condición incondicionada de toda existencia, es el Padre, quien nos ha ofrecido no sólo la existencia sino la plenitud de la amistad y la respuesta de todos los interrogantes durante la vida eterna con El. Además, aún cuando oigamos el llamado de Dios, la razón sola no es suficiente para llevarnos a una respuesta. La fe cristiana no se cansa de hacer hincapié en que la razón por sí misma (como lo vemos en Aristóteles: "Ética Eudemia", VII, 1248 a 14) difícilmente sabe que no sólo la capacidad de comprensión, sino también el verdadero amor a la verdad, que nos mueve a inquirir y nos hace razonables, es absolutamente imposible sin la iniciación y la continua noción de Dios dentro de nosotros, indispensable y primordial para cualquier cooperación nuestra.

Más aún, si todas estas verdades están asumidas firmemente por el pensamiento, podemos insistir en que, en su orientación básica, que es hacia el amor de Dios por la fe en su Hijo y la esperanza de compartir con muchos hermanos y hermanas la vida de la divina familia para siempre, la moral cristiana refuerza y es reforzada por todas las inspiraciones y principios de la racionalidad.

Existe, sin duda, un peligro al hablar de moral cristiana. La moral cristiana no es una moral para los cristianos solamente. Es para todos los hombres, porque todos los hombres están llamados a Cristo. La moral cristiana es la forma auténtica central e integral de moralidad. La comprensión cristiana de términos tales como: "moral", "obligación", "deber", "derecho", "principio", "virtud", "bondad", "mérito", y "libertad", es la auténtica comprensión central de esos términos; cada uno de ellos, fuera de la vida cristiana, pierde algo de su inteligibilidad y fuerza, porque, fuera de la vida cristiana, los grandes interrogantes sobre la realidad de la libertad, la racionalidad de la conciencia y la importancia fundamental de perseguir el bien, permanecen sin respuesta. Cristo vino a hacernos libres de todo lo que amenaza la vida humana y la moral fuera del espíritu de su vida: de nuestra propia debilidad, inercia, pasividad, compulsión, automatismo, mala orientación del esfuerzo, pérdida de oportunidades y también de la esclavitud de la opinión pública. De las convenciones y tabúes de una cultura meramente humana, de la imagen y la educación de unos padres quizá demasiado

humanos. En Cristo vemos que las mismas cuestiones que engendra y arroja sobre nosotros una edad escéptica, que nos regaña, son parte del movimiento de su gracia en nosotros. Si correspondemos a ese movimiento, cuestionaremos y rechazaremos como indigna toda forma de arbitrariedad e inercia en la prosecución del bien; indigna a los ojos de Dios, quien, a través de su Palabra, nos llama de la nada y nos hace todo lo que podemos libremente elegir ser.

## V

Antes de ponerme a considerar algunas formas particulares de arbitrariedad que la moral cristiana rechaza, quiero decir una palabra sobre el contraste que a menudo se alega que existe entre la razón o la conciencia y la autoridad; sobre el escándalo de que la moral cristiana, mientras proclama en gran medida una moral natural o racional de la conciencia, es, a la vez y enfáticamente, una moral "enseñada". No necesito decir mucho, desde el momento en que lo que hay que decir está implícito en lo que ya hemos dicho sobre la naturaleza de la razonabilidad. Ser razonable es generalmente entendido como involucrando una recepción pasiva de señales, o una visión de lo que es para ser visto, pero, de hecho, implica un esfuerzo, una acción, un producto de la libre dirección de uno mismo que, como todas las otras acciones, se desvía en cuanto no esté guiada por la "inteligencia", por la energía de la "fortaleza", por la autodisciplina de la "templanza" y la imparcialidad que asegura una "justa" conclusión.

Por esto, en el caso de la conciencia, no es asunto de "ver" lo que está bien por una intuición. Los juicios de la conciencia tienen la autoridad de la objetividad sólo si son juicios que podrían ser realizados por un hombre en una búsqueda plena hacia la verdad, que sea tan razonable como nadie pueda ser y que haya alcanzado la imparcialidad que emana de la completa amistad con Dios y con el hombre. ¿Quién puede estar razonablemente seguro de que él es justamente esa persona? Si uno tuviera que fiarse de su propia búsqueda de la forma razonable de actuar, trabajando sin guía, en medio de, y sobre la materia de, las propias pasiones e inclinaciones dirigidas hacia otras formas del bien además del bien de la verdad, ¿podría razonablemente estar seguro de que la voz que oye en lo profundo de su conciencia es la voz de Dios y no la voz de su amor propio o de su arbitrariedad, ingenuamente disfrazados, o la voz de la multitud, o la voz del espíritu de este tiempo que estamos pasando?

Alcanzar esa visión total y esa amorosa imparcialidad que, en menor escala, existe entre un amigo y otro y, en gran escala, es el punto de vista de Dios, es tener sabiduría moral. Pero cualquiera que se conozca a sí mismo puede ver fácilmente que tal logro es tan arduo, tan exigente, tan amenazado por el pecado original, tan poco común, tan comúnmente irreconocible, que

lo que pasa por ser sabiduría en este mundo, es muy a menudo "absurdo para Dios", quien ha "tornado la sabiduría de este mundo en locura" (1 Cor-3:19; 1:20). Inmediatamente antes de exhortarnos a renovar nuestras mentes tanto como para juzgar cuál es la voluntad de Dios (Rom. 12:2), San Pablo mismo exclama: "Cuan inescrutables son los juicios de Dios, cuan insondables son sus caminos. Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor . . .?" (Rom. 11:33, Sabiduría 9:13). A esta pregunta se puede dar solamente una respuesta: sólo Cristo.

Por estas razones, puede parecer al cristiano una mera locura, sin hablar de orgullo, rehusarse a guiar la propia conciencia por el ejemplo de Cristo y no someterla a su enseñanza y a la de aquellos a quienes El enseña con su autoridad y, además, dejar de dar la verdadera importancia al ejemplo y a las enseñanzas de los santos y maestros, cuyo inequívoco amor a la verdad y al bien ha sido demostrado tanto de hecho como de palabra.

## VI

La enseñanza cristiana sobre las exigencias positivas de las virtudes de la caridad, el coraje, la moderación, la generosidad, la misericordia y demás, es comúnmente muy admirada (a la respetuosa y cuidadosa distancia de la no-conformidad, sin duda), como de excelentes ideales, inalcanzables sin duda, pero moral y racionalmente admirables y ordenadas hacia lo mejor. Lo que comúnmente no es admirado sino activamente condenado y acusado de irracional por muchos de nuestros contemporáneos, incluyendo a algunos dentro de la Iglesia, es la constante enseñanza de la moral cristiana que perentoriamente prohíbe matar a los inocentes, las mentiras y los fraudes, y los actos sexuales anti-procreativos. Por esto quiero dedicar el resto de mis reflexiones a la consideración de la fuerza racional de esta parte de la enseñanza moral cristiana, que está comprendida en esos preceptos estrictos y negativos; dando por sentado que lo que ellos abarcan no es el todo, ni aún la parte principal de la enseñanza moral cristiana o de la vida cristiana.

Pienso que la clave es la siguiente. El conjunto de los principios morales perentoriamente negativos corresponde al conjunto de los aspectos verdaderamente básicos del desarrollo humano. Estos, a su vez, corresponden, por una parte, al conjunto de las necesidades e inclinaciones humanas realmente básicas y determinantes y también, por otra parte, al conjunto de los valores realmente básicos que guían el pensamiento racional sobre lo que debe hacerse. Ya hemos mencionado algunas formas en las que la razón produce un orden de equidad, de justicia y aún de amistad en nuestra prosecución de las formas básicas del bien. Lo que estamos considerando ahora es el modo en que la razón corre junto a la enseñanza cristiana excluyendo la arbitrariedad, no sólo entre las personas sino también entre (y, generalmente, con relación

a) los diferentes bienes básicos que pueden ser realizados, ignorados o directamente atacados en las elecciones humanas individuales. De esta manera, el hilo conductor de esta parte de la enseñanza de la moral cristiana parece ser ésta: que para ser completamente razonable y para honrar a Dios, autor de todas las formas del bien, se debe permanecer "abierto" a todos los aspectos básicos del desarrollo humano, a todas las formas básicas del bien humano en cada uno de nuestros actos elegidos.

Porque ¿no es cada bien básico real e irreductiblemente básico, y de ninguna manera medio para ciertos fines? ¿No son los bienes básicos incommensurables y no aptos para ser negociados uno contra otro? Por supuesto, es razonable y necesario concentrarse en realizar esas formas del bien, en, o para aquellas comunidades particulares o personas (antes que nada uno mismo) cuya situación propia, talentos y oportunidades convengan para ello. Pero la concentración, la especialización, la particularización es una cosa. Es completamente otra cosa, hablando racional y por ende moralmente, hacer una elección que pueda sólo ser caracterizada como una elección "contra" la vida (como el suicidio), "contra" el conocimiento comunicable de la verdad (como la mentira), "contra" la procreación o la transmisión de la vida, "contra" la reverencia a Dios (como la blasfemia), "contra" la amistad y la justicia que está ligada a la amistad.

## VII

Podremos entender mejor la enseñanza cristiana sobre estos temas, si la contrastamos con las afirmaciones en que esa enseñanza está comúnmente cuestionada, discutida y condenada. El hilo conductor de la oposición a esta parte de la enseñanza de la moral cristiana es (si dejamos a un lado el mero egoísmo) un conjunto de suposiciones o hábitos del pensamiento moral que son comúnmente designados como "utilitarismo" o "consecuencialismo" (uso estos términos sinónimamente). La idea general del consecuencialismo es la siguiente: debemos favorecer, sobre todas las cosas, la máxima realización neta de alguna forma de bien. Más precisamente, cada uno debería elegir actuar como para procurar consecuencias que impliquen un mayor saldo del bien sobre el mal que aquél que pudiera esperarse fuera procurado, realizando cualquier acción alternativa abierta a nosotros. Porque debemos actuar por aquellos principios cuya adopción general tendrán o tendrían que tener absolutamente las mejores consecuencias (o que tuvieran por resultado un daño menor).

Ahora bien, esta idea general ha llegado a ser parte de la moda de la cultura moderna en la clase media de Occidente. Y de esta manera se la encuentra en nuestros días en los libros y diarios que se ofrecen para interpretar la enseñanza de la moral cristiana.

Pero una mente inquisitiva no puede descansar en ninguna forma de consecuencialismo: porque el consecuencialismo es siempre arbitrario, por lo menos en seis aspectos:

- 1°. Las formas básicas del bien humano son todas igualmente básicas; cada una es, desde su propio punto de vista y en cierta manera, suprema; las formas básicas del bien son, de hecho, inconmensurables unas respecto a otras. Pero el consecuencialismo requiere un cálculo, una medida del bien neto; luego, debe elegir "una" forma del bien para medir, un común denominador, y esta elección es necesariamente arbitraria. Esta arbitrariedad está ilustrada por la historia de los esfuerzos consecuencialistas para fijar una forma del bien como unidad de cómputo. Algunos sugieren el placer —como si una forma particular de sensación interna fuera el fin de todo—. Otros sugieren la ausencia del dolor —como si dormir sin soñar fuera el fin de todo—. Algunos buscan cristianizar el consecuencialismo al hablar de maximizar el amor —como si todo el problema moral no fuera precisamente la cuestión de "qué" amar, cuándo, cómo y con quién, para quién y bajo qué condiciones, dados todos los amores conflictivos de nuestro corazón—. Contra todas estas opiniones el realismo cristiano insiste en que el desarrollo humano no es simplemente, ni aún primariamente, un asunto de sentimientos internos de placer, de dolor, de benevolencia o de lo que sea, sino que es un estado real de "ser", con un número de aspectos irreductiblemente fundamentales, que están sólo acompañados por estados de sentimiento.
- 2°. El consecuencialismo no ofrece ninguna razón para preferir el altruismo que recomienda al egoísmo que enfrenta. Jeremy Bentham y John Stuart Mill, los grandes utilitaristas ingleses y padres de tanto pensamiento moderno, estaban reducidos a los más lamentables equívocos y sofismas por este problema. Tal como el slogan Benthamista: "Si todos buscan maximizar la felicidad de todos, todos serán máximamente felices", lo que, al ser traducido, proclama absurdamente que si cada uno busca maximizar su propia felicidad, será maximizada la felicidad de cada uno y la de todos.  
El consecuencialismo no puede derivar de su principio de maximizar las buenas consecuencias ningún otro principio de distribución para determinar cómo los bienes han de ser compartidos entre mí mismo, mis amigos, mi país y la humanidad. El consecuencialismo no tiene respuesta a la pregunta: "¿Por qué debería preocuparme yo por la felicidad de los demás hombres, especialmente de los hombres futuros?" El consecuencialismo está mirando siempre al futuro —pero, ¿por qué el futuro bienestar de los hombres futuros es la pauta de mi actual acción? ¿Por qué ellos son los fines mientras yo soy el medio?—.
- 3°. El consecuencialismo no puede proveer una buena razón para considerar la felicidad de cada hombre con la misma medida. Pero salvo que la

felicidad de cada hombre o su bienestar (suponiendo que pudiera ser computado) sean contados con una medida específica (v.gr. uno por uno), no hay, lógicamente, forma de computar un máximo. Decir: "el más grande bien, para el mayor número", es como ofrecer un precio por escribir la mayor cantidad de libros en el tiempo más corto, lógicamente un sinsentido. ¿Quién gana el premio, aquel que escribe tres libros en un año o aquel que escribe un libro en una semana? Lo que se necesita es una medida especificada. Si un hombre puede gozar de cien unidades de felicidad, mientras nueve hombres no alcanzan ninguna, ¿cómo vamos a comparar ese estado de cosas con los estados de cosas alternativos en los cuales nueve hombres disfrutan de once unidades cada uno y un hombre de una unidad; o diez hombres disfrutan de nueve cada uno? Se dice: repártanlo equitativamente, pero la equidad o la imparcialidad, o cualquier otro standard de medidas propias y de distribuciones no puede ser defendido como "teniendo las mejores consecuencias". No podemos saber qué consecuencias podrían ser "mejores" en principio, hasta que estemos equipados con un standard de distribuciones.

- 4°. El consecuencialismo no puede, sin arbitrariedad, definir la categoría o extensión de sus cálculos. Las consecuencias de los actos sobrepasan los horizontes de la previsión y más allá, pero si debe hacerse un cómputo, se debe dar mayor peso a algunas consecuencias que a otras —y ¿es la selección de un principio de peso (e.g. remotividad o riesgo) más bien que otros, el que tiene que ser justificado también con los fundamentos consecuencialistas? Aquí encontramos otro círculo vicioso. Y cuando los consecuencialistas hablan de evaluar la "situación" de cada acto, o de actuar sobre los principios o reglas cuya adopción universal tendría las mejores consecuencias, uno debe preguntarse cómo ellos, sin una noción de los valores básicos e incommensurables comprometidos en la acción humana, definen la "situación", tal como es ahora, o como aparece o aparecería en una clasificación general de situaciones, en el principio cuya adopción "tendría" buenas consecuencias.
- 5°. Por cierto, debemos insistir en quinto lugar, tal como insisten los filósofos contemporáneos, en que no hay razón para conceder la suposición básica de que las buenas consecuencias deberían, de hecho, maximizarse (suponiendo "per imposible" que ellas fueran calculables) si la gente adoptara generalmente los principios consecuencialistas de acción y juicio moral. De hecho, todas las razones hacen suponer que las consecuencias de la conversión general al consecuencialismo serían, y están siendo, no demasiado felices.
- 6°. El consecuencialismo demanda una adhesión a la prosecución del máximo bien neto, un modelo que los cristianos llaman virtud heroica. Ningún modelo menos exigente de razonable bondad moral puede ser, en las afirmaciones consecuencialistas, arbitrariamente seleccionado.

En resumen, la arbitrariedad penetra con lógica inevitabilidad, cada aspecto del pensamiento ético del consecuencialismo. Para ser completamente obtusos debemos aseverar lo que es ampliamente admitido por competentes filósofos, aún en forma implícita, con educación consecuencialista: principalmente que el consecuencialismo no es y no puede ser nada más que una técnica para justificar "cualquier" decisión que sea o cualquier principio o política que sea, que un individuo o alguna facción o alguna nación, mayoría o civilización, puedan desear justificar en sus propios intereses.

## VIII

Es así como la fe cristiana y la razón, han rechazado siempre el consecuencialismo como una mera ilusión. La fe cristiana insiste en que Dios va a sacar el bien de todas las cosas, los hechos y las vidas en este mundo; de las cosas, los hechos y las vidas malas, tanto como de las buenas. Y con absoluta claridad de mente, el pensamiento cristiano insiste también en que no tenemos la menor idea de cómo lo hará Dios. El futuro es un libro cerrado. El curso y el significado de la historia del mundo es un abismo de misterio. La expansión de nuestro conocimiento empírico, de la ciencia, la sociología, la economía y así sucesivamente, no ha cambiado nuestra ignorancia del futuro en ningún sentido o grado. Ninguna cantidad de conocimiento empírico puede ser capaz de informar a ningún hombre (o a todos los hombres) que esta noche su alma no le será requerida (o a todos los hombres). Y en particular es imposible conocer cuáles elecciones "actuales" se "convertirán" en las mejores realizaciones de los valores humanos que dirijan nuestras elecciones y cuáles llegarán a ser, en términos humanos, desastrosas.

Cualquiera que haya pensado seriamente en las infinitas consecuencias de cada evento en la historia, sabe bien esto. Con todo, queda claro que los aspectos básicos del desarrollo humano son realmente buenos. A través de estos valores fundamentales (que no son ideas abstractas sino aspectos universales de la personalidad de las personas humanas reales), Dios llama a cada individuo para que trabaje en su camino hacia Él.

De esa manera, la marca que distingue la moral cristiana, en la que estamos aquí interesados, es la adherencia cristiana, en ciertas circunstancias, a estos valores pre-morales, "cualesquiera que sean las consecuencias previsibles" en el plano horizontal de la historia. Es decir, en donde uno de estos valores irreducibles cae inmediatamente bajo nuestra elección, directamente para realizarlo o para menospreciarlo; entonces, desde el punto de vista cristiano, tal como ya lo he mencionado, debemos permanecer abiertos a ese valor. Las consecuencias totales esperadas de la propia acción no proveen de un panorama suficiente como para realizar una elección que pueda sólo ser

vista en sí misma, como una elección que vaya directamente contra un valor básico (aún aquel valor que se espera se realice en las "consecuencias"); porque las consecuencias totales esperadas no pueden dar una evaluación suficientemente razonable y definida como para ser la medida decisiva de nuestra respuesta al llamado de los valores humanos, mientras que una elección directamente en contra de un bien básico, se puede decir que produce su propia evaluación definitiva de sí misma.

## IX

La esperanza cristiana que, como dice San Pablo, no nos dejará decepcionados (Rom. 5:5), es completamente diferente de la arbitraria, consecuencialista, prosecución de un fin imaginario de la historia. El Señor nos urge a alimentar al hambriento, dar de beber al sediento y atender las necesidades humanas; y en el mismo sentido El nos previene contra cualquier aseveración de que la humanidad, a la que debemos servir así, estará de hecho, en estado apropiado para recibirlo cuando El venga (Mat. 24:39-25:45). Así es que mientras el cristiano tiene que esperar y trabajar para el desarrollo de este mundo, no debe esperar o calcular el éxito de este mundo o una consumación en este mundo de esa esperanza y esa obra. Tiene que recordar que la vida en esta tierra no tiene que ser mirada aisladamente de la vida eterna que va a venir. Y tiene que recordar que la vida eterna, en cierto modo, comienza aquí. De esta manera hay una distinción entre el progreso en este mundo y el progreso en construir la vida eterna en este mundo. Las buenas obras del hombre, hechas en el amor a Cristo, tienden a edificar este mundo; pero, al mismo tiempo, ellas se acumulan como una especie de tesoro escondido, invisible a nosotros en el presente. Los consecuencialistas, cuando juzgan que un bien muy importante justifica el uso de "cualquier" medio necesario, están contando (o tratando de contar) solamente con el bien que puede ser humanamente visto y "previsto" en un mundo que está pasando. Pero el cristiano recuerda que el futuro está oculto en Dios y que "nosotros no sabemos el día ni la hora" ("Lumen Gentium" 48; Mat. 25:13). La nueva moral genuina, que es la moral de Cristo, toma en cuenta el bien que no se puede ver, pero que es conocido para nosotros por medio de la fe. Ese bien está referido por el Concilio Vaticano Segundo en las palabras del Prefacio de la fiesta de Cristo Rey, cuando el Concilio habla del reino que ya está presente en esta tierra, pero misteriosamente, y que vendrá a florecer cuando el Señor retorne: "un reino de verdad y vida, un reino de santidad y gracia, un reino de justicia, de amor y de paz" ("Gaudium et Spes", 39). Todos estos aspectos de ese reino habrán de ser respetados en cada acción humana. En todo esto, el cristiano habla por la fe; pero es una fe en la que la razón sólo puede regocijarse, porque está libre de toda arbitrariedad.

## X

Por supuesto, muy a menudo no es cuestión de una elección directamente en contra de algún valor básico, sino solamente de una decisión racional en orden a concentrar los limitados recursos propios, de tiempo, energía y aptitud, para la realización de uno o de algunos valores, más bien que de otro u otros valores. Se debe elegir algún rol definido en la vida y perseguirlo efectivamente. Se debe apoyar a las instituciones particulares, a las leyes y a otras secundarias, derivadas y condicionalmente valorables formas del bien. Todo esto nos invitará a echar una mirada sobre las consecuencias. Pero no habrá "bases" firmes para las decisiones racionales, a no ser que uno permanezca abierto a cada uno de los aspectos básicos del desarrollo humano. Y, a veces, la estructura de una posible elección será tal que esa elección puede ser sólo interpretada por una mente abierta como una elección directamente contraria a un valor básico. Esta es la forma de la opción o de la acción y, aunque sean deseables los efectos ulteriores que se esperan de nuestras acciones, no cuentan contra el llamado inmediato de no cerrarse contra la forma conocida del bien. En ese sentido, el carácter distintivo de la esperanza cristiana otorga a la moral cristiana su compromiso con la "forma" de la propia elección, en tales situaciones, como distinta de las consecuencias ulteriores esperadas.

Por supuesto, hay lugar para la disputa sobre si una elección es verdadera y positivamente en contra de un valor básico, si tiene ésta o aquella forma. De esta manera, hay argumentos entre los hombres de buena voluntad sobre por qué la muerte de aquellos cuyas actividades están amenazando directamente a la comunidad tiene una forma y significado diferentes del asesinato privado, de la "eutanasia" o del aborto; sobre si cada terminación del embarazo es en realidad una elección de matar al niño como un medio para salvar una vida; sobre cuándo la forma y el contexto de comunicación es tal, que la verdad está en cuestión o puede estar directamente violada. Pero los problemas de los límites no deben causarnos la pérdida de vista de la gran diferencia entre la estrategia cristiana con respecto a cada valor humano básico, cuando está directamente comprometido en nuestra propia acción, y la estrategia post-cristiana de intentar un delicado pero engañoso cálculo de las consecuencias previstas. Porque aún dejando a un lado por un momento lo engañoso de la "previsión", es fácil ver que el post-cristiano ha dado comienzo a un programa que hace no meramente recto, sino en realidad un propio deber, el participar en innumerables crímenes de rehenes o de otros inocentes, en innumerables mentiras, blasfemias y otras violaciones de los valores básicos.

Porque cada ejecutor de los campos de concentración o terrorista urbano, o doctor de las clínicas de abortos, puede honestamente decir: "Si no lo hago, alguien, con certeza, lo hará en mi lugar; y después de todo él tendrá menos competencia y menos escrúpulos y podrá matar más gente que yo, y yo tengo

esposa e hijos que mantener si pierdo mi trabajo; así, se gana mucho o al menos algo y no se pierde nada si yo "hago mi trabajo". Todo lo que se pierde es, de hecho, esa perspectiva cristiana y racional, desde la cual yo estoy obligado a no abandonar mi apertura a cada valor básico, sobre la base de un cálculo que está condenado a la parcialidad y a la arbitrariedad, porque yo no soy Dios.

Los hombres torpes están, por supuesto, impacientes por el respeto a la vida, sólo por su propia consideración en cuanto valor; por la verdad, en su propia consideración como valor; por la transmisión de la vida, en su propia consideración como valor. Nosotros actuamos como hombres torpes la mayoría de las veces y por eso el cristianismo ha sido y permanece desfigurado. Por eso se afirma que el interés por la significación directa de los propios actos es sólo una forma de lavarse las manos, preservando la pureza de los propios actos, a expensas de la preocupación por las consecuencias. Pero al torpe sentido común y a la conveniencia, podemos oponer la gran afirmación cristiana de Solzhenitsyn en su discurso del Premio Nobel titulado: "Una palabra sobre la verdad (sobrepaja al mundo entero)" —donde dice: "Dejemos que la mentira venga al mundo, aún que lo domine, pero no a través nuestro": **pero no a través nuestro—**.

## XI

Finalmente quiero mostrar lo que veo como la estrategia básica de la vida y del pensamiento cristiano en estas materias, a través de una mirada más profunda sobre un conjunto de principios morales cristianos. Elijo este conjunto particular, no porque sea "particularmente" importante, ni mucho menos porque sea propicio para la discusión pública, sino porque su conexión con los valores básicos es a menudo y comúnmente mal interpretada o negada, con el resultado de que pueden ser pensados como si fueran un conjunto de tabúes sin fundamento racional en el bien humano básico. Los principios de que estoy hablando son los que se refieren a la sexualidad.

La primera pregunta que hoy debe hacerse sobre el sexo es: ¿Cómo puede ser él algo tan importante tal como está tomado en el Nuevo Testamento y en la Tradición Cristiana (garantizando, por supuesto, que esa importancia no tiene que ser exagerada, como lo es regularmente por las críticas polémicas a la moral cristiana)? ¿Cómo puede el deseo sexual, la excitación o la relajación, con sus consecuencias ulteriores o permanentes no necesarias, tener un significado en la vida moral?

Una primera respuesta a esta pregunta se referirá a la significación del acto sexual para el amor entre un hombre y una mujer. Desde esta perspectiva el acto sexual es importante en tanto y en cuanto, a través de él, el amor conyugal "es únicamente expresado y perfeccionado" ("Gaudium et Spes", 49).

Pero esta respuesta necesita ser completada. Porque es razonable preguntar: ¿por qué es el acto sexual tan especial como una expresión de entrega mutua y de comunión entre el hombre y su mujer? ¿Por qué, aún en el matrimonio, es algo más que una placentera liberación de tensiones o una agradable diversión mutua como comer o bailar? ¿Por qué es verdaderamente un bien que no se puede gozar con muchos otros o antes del matrimonio?

La contestación a estas preguntas —y la razón fundamental de la significación moral humana del sexo— recae en el hecho de que el acto sexual naturalmente tiende a transmitir la vida. Este "hecho" general no necesita ser lo principal en las mentes de aquellos que se juntan en la unión sexual o que intercambian promesas de matrimonio. Pero a aquellos que se comprometen en el acto sexual, éste los coloca, ya sea que lo piensen o no, en la categoría de un bien humano básico, el bien procreativo, el valor de la transmisión de la vida humana. Conociendo los hechos biológicos, una pareja puede elegir el fomentar ese valor, tratando o esperando tener un hijo; o puede proceder sin preocuparse por lo que pueda suceder, permaneciendo indiferentes o sin cuidado ante ese valor; o puede elegir mediata o inmediatamente en contra de este bien, tal como está en juego en su acción, y, de esta manera, comprometerse en el acto sexual de tal manera que éste no esté dispuesto, como acción humana, a la transmisión de la vida. Así, la actividad sexual no puede dejar de ser moralmente significativa, porque nadie que conoce su potencia biológica puede dejar de expresar, aún mediata o inmediatamente —explícita, implícita o simbólicamente— una actitud de respeto o de falta de respeto hacia un bien humano básico.

Ahora bien, la amistad es siempre un valor básico en las relaciones humanas. Las formas especiales y los requerimientos de la amistad conyugal derivan de las exigencias del valor de la procreación, exigencias a las cuales los actos sexuales, matrimoniales o maritales, constituyen una respuesta total.

De este modo, la esencia de la enseñanza cristiana en este tema se basa en el hecho de que cada acto sexual conduce inevitablemente a una persona, inmediatamente, al nivel de dos valores básicos —la amistad y la procreación— tan inmediatamente que cualquier acto sexual será inicuo si está realizado fuera de la amistad adaptada a la procreación (i.e. matrimonio) o si está realizado de tal manera que esté, como acto, directamente ordenado a evitar servir al bien de la procreación, o si es una burla a la amistad.

En relación a la vida, a la verdad y a otros valores básicos, el camino de Cristo, siempre y en todo lugar, demanda respeto por las formas básicas del bien, en cada una y en todas nuestras acciones. Una orientación general en favor de estos valores no es suficiente. Cuando ellos son puestos en cuestión directamente, a causa de la estructura de nuestra situación o de nuestras intenciones, o de ambas cosas, la fe y la esperanza cristianas refuerzan a la razón, al poner en claro que sería arbitrario sacrificar un bien básico en la prosecución de otro bien o bienes, o una supuesta suma de imaginadas

"buenas consecuencias" futuras. Es por eso que ha sido siempre la enseñanza de la moral cristiana, implícitamente en la Escritura y explícitamente desde la Patrística, que aquello que el Concilio Vaticano llamó "preservar el sentido total de la entrega mutua y de la humana procreación" ("Gaudium et Spes", 51), es requerido en cada uno y en todos los actos sexuales del matrimonio. Y así, como Pablo VI lo apuntó brevemente: "cada uno y todos los actos del matrimonio deben permanecer abiertos a la procreación de la vida humana" ("Humanae Vitae", 11).

Ahora bien, hay elecciones (actos o particularmente omisiones) que tienen la muerte como consecuencia previsible, pero que no intentan la muerte como un fin o como un medio. Estas elecciones pueden ser justificadas mientras no violen directamente ningún bien humano, previsto que todos los valores básicos involucrados son respetados. De la misma manera, hay elecciones que tienen el resultado previsto de que la verdad permanezca escondida, pero que no necesitan ser elecciones directamente en contra del bien de la verdad. Ellas pueden ser similarmente buenas. Y sucede lo mismo con el bien básico de la procreación.

Un hombre o una mujer pueden elegir no ser colaboradores en la transmisión de la vida, precisamente en orden a dedicar su propia vida más completamente a algún otro aspecto del bien humano básico. Los cristianos siempre han sostenido que tal elección no ofende el valor de la procreación, ni viola el precepto de aumentar y multiplicar la humanidad para gloria de Dios; previsto que la persona que elige tal cosa se preocupa por no ponerse en el nivel de la bondad de la procreación comprometiéndose en la actividad sexual.

La bondad de la procreación no requiere una respuesta ilimitada o irresponsable, aún dentro de la comunidad procreativa del matrimonio. De esta manera, cuando un hombre y su esposa tienen una razón para no procrear, entonces pueden adoptar una política que tenga dos elementos. Primero, se pueden abstener del acto sexual cuando la procreación pueda ser el resultado. Por esta abstención ellos evitan situarse en el nivel de la bondad de la procreación. Segundo, ellos pueden comprometerse en el acto, en otros momentos a su elección, para goce y expresión de su amor marital.

## XII

Dios ha tornado la sabiduría de este mundo en locura. La fe cristiana no defrauda a la razón, no la burla, sino que desafía aquella sabiduría del mundo que está desviada por el partidismo y las perspectivas de poco alcance, complacientemente enmascaradas como sentido común, realismo, estar a tono **con** los tiempos, etc. Solamente si la razón humana puede alcanzar el verdadero sentido y significación de la locura de la Cruz, podrá ella proclamar

el éxito de su más cara ambición, que es comprender el sentido y la significación de la historia de la humanidad tal como Dios la comprende. No hay duda sobre esto: el contenido de la enseñanza de la moral cristiana, completamente aparte del desafío de vivir para ella, desprecia la sabiduría recibida de nuestro tiempo. Cuando la Iglesia enseña que "cada acto de guerra que tienda indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas áreas a través de sus poblaciones, es un crimen" ("Gaudium et Spes", 80); cuando la Iglesia, al contemplar tal elección incuestionablemente directa contra el valor de la vida, "rehúsa" entrar en cualquier cálculo de que más vidas deben ser salvadas o que la civilización y la justicia y aún las manifestaciones visibles de la Iglesia en el mundo, podrían ser salvadas por medio de la estrategia nuclear de matar a tantos civiles no combatientes que la injusta voluntad del enemigo de conquistar quede así quebrada, entonces, la Iglesia requiere de nosotros que rechacemos aquellas suposiciones sobre la razón, la moralidad y el realismo que están más difundidas y no está requiriendo que abracemos el extremismo de la Cruz.

Pero el hombre que murió en la Cruz era la Palabra, la fuente y la substancia de toda sabiduría. El llama a los hombres de su prodigalidad y compromiso con intereses parciales y transitorios. Una respuesta a este llamado es posible; es lo que queremos significar con la libertad inicial del hombre, cuando rechazamos el simple determinismo. El llamado de Cristo es hacia una vida que está verdaderamente más allá de las apariencias mundanas, que sea liberación en su totalidad, liberación del estancamiento y de la compulsión, de la esclavitud de cada partidismo o tribalismo, de cada automutilación por exclusión de cualquier aspecto del desarrollo humano. La fuente de la fuerza racional de la moral cristiana, de su claro realismo, que es locura para algunos y escándalo para otros, reside en su incondicional adhesión al principio de que lo que vale la pena es, simplemente, aquello que agrada a Dios.